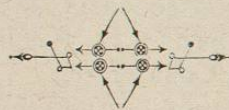


llería Manuel Solís, y Capitán 1º de la misma arma Adolfo Garza Flores, ha dispuesto vuelvan á encargarse de ellos; en tal virtud la Comandancia militar de esta plaza los ha dado de alta en sus respectivos destinos.

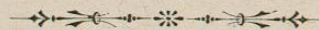
*Del Boletín de Noticias de Tampico.*



ORGANIZACION

DE LA

Primera División del Ejército  
del Norte.



Organización y Operaciones

DEL

Cuerpo de Ejército del Centro

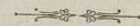
1861. 1862. 1863.





Organización  
de la primera División del Ejército del Norte.

AÑO DE 1861.



**Q**UANDO en el mes de Diciembre de 1861, la escuadra española, sin previa declaración de guerra ni fórmulas de ninguna clase, se presente delante de la plaza de Veracruz, intimándole rendición; el Estado de Tamaulipas se hallaba envuelto en la guerra civil más desastrosa y enconada que registran los anales de nuestras discordias.

Serna y Guerra [ó Guerrero], se disputaban el Gobierno del Estado y sus partidarios se hacían una guerra implacable.

A la sazón, la plaza de Matamoros que defendían los adictos á Serna, sostenía un sitio heroico contra los partidarios de Guerra.

Del otro lado del Bravo habían pasado á nuestro territorio una multitud de perdidos, tanto mexicanos como americanos, los que acaudillados por D. José María de J. Carbajal, hacían los mayores esfuerzos para apo-

derarse de la ciudad, para lo que empleaban todos los medios imaginables.

La plaza resistía con denuedo, sosteniendo diariamente reiterados ataques que sufría de los sitiadores, á quienes castigó más de una vez severamente.

Para terminar este escándalo, que tenía lugar en los momentos mismos en que el suelo de la Patria era profanado, el Gobernador de Nuevo León, D. Santiago Vidaurri, envió al General D. Julián Quiroga con ochocientos rifles en socorro de la plaza y para dar término á la revolución de Tamaulipas.

Al mismo tiempo llegaba á Ciudad Victoria el General de División D. Ignacio Comonfort, nombrado por el mismo Vidaurri, Comandante Militar y Gobernador del referido Estado, á despecho del Gobierno General, que no veía con buenos ojos que el Gobernador de Nuevo León acogiese bajo su protección al autor del golpe de Estado de 1857.

De resultas de estas disposiciones tuvo lugar una capitulación entre los partidos contendientes, que dió por resultado la pacificación del Estado de Tamaulipas.

Según dicha capitulación, los contendientes de ambos bandos quedaban en aptitud para incorporarse á las fuerzas destinadas á la defensa del territorio nacional.

En consecuencia, comenzaron á llegar á Victoria varios piquetes, tanto del uno como del otro partido, que con el pomposo título de escuadrones, fueron admitidos por el General Comonfort.

Estos destacamentos, unidos á un batallón de Coahuila que mandaba el Coronel D. Francisco Aguirre, y dos escuadrones de lanceros que mandaba el Coronel Gorostieta, fueron el núcleo de la *Primera División del Norte*.

Pacificado Tamaulipas, el General Comonfort envió al General graduado D. Demetrio Chavero para que el que subscribe le hiciese entrega de la Jefatura Política y Comandancia Militar del Distrito del Sur del Estado, en el que había podido conservar la paz, á pesar de los esfuerzos que los partidarios de la intervención hacían

para turbarla, y de la absoluta escasez de recursos en que se hallaba.

La plaza de Tampico se había desarmado por orden del General D. Santiago Tapia, cuando ejerció el mando, en vista de la imposibilidad que había para defenderla.

El que subscribe, después de haber ocultado la artillería gruesa en los pueblos de las márgenes del Pánuco, donde alguna de ella subsiste aún, y de haber hecho conducir al interior del Estado todo el material de guerra que podía ser útil para la defensa; dispuso la demolición de las fortificaciones, para que no pudiera servirse de ellas el enemigo cuando ocupase la plaza.

Entregado el mando al General Chavero, á pesar de la invitación hecha al que subscribe por varios de los Jefes de la guarnición, para que no lo efectuase; aunque dicho General había aprobado los procedimientos de que se ha hecho mención, mandó suspender la demolición de las fortificaciones, con el pretexto de que el enemigo podría levantarlas prontamente.

Pocos días después llegó el General Comonfort con parte de las tropas de Nuevo Leon, siendo recibido con mucha frialdad por los liberales.

Siguiendo las indicaciones de Chavero, ordenó que se recogiese la artillería gruesa que se había ocultado en las márgenes del Pánuco, con el objeto de trasladarla á Tancasnequi é internarla después en el Estado de Tamaulipas; pero fué el resultado, que se gastó en esta operación una cantidad respetable de dinero, y que convencido el General, al fin, de las dificultades que para llevar adelante su idea se presentaban, y del desembolso que tenía que hacerse, desistió de su propósito, sin haber conseguido otro resultado que dejar buen número de cañones tirados en la orilla del río sin haber podido subirlos á Tancasnequi.

Además, la operación exigía tiempo y trabajo, y el General quería ponerse en marcha violentamente para el interior, sin pensar en dejar organizada la defensa del Estado.

A fines del mes de Mayo de 1862, salieron de Tampico las fuerzas que había llevado el General Comonfort, y además el primer Batallón de Guardia Nacional de Tamaulipas y la División de artillería de la misma, con dos baterías de batalla montadas y con sus correspondientes carros de municiones, en buen estado de equipo y de instrucción.

A estas fuerzas se les hizo marchar con la segunda quincena del mes, cosa que causó un profundo disgusto, pues estaban acostumbradas en tiempo de Garza, cuando salían á expedicionar, á que se les completara el mes corriente y se les diera una paga de marcha. Comonfort, olvidando que aquellas fuerzas eran de guardia nacional, quiso tratarlas como á tropas de línea, y no le preocupó el atraerse su mala voluntad.

La fuerza expedicionaria fué puesta á las órdenes del General D. Alejo Barreiro, persona antipática para aquella gente, que lo creía reaccionario, que lo rechazaba por no ser fronterizo, y que no podía sufrir su carácter.

Al llegar á la hacienda de Alamitos, la brigada se acantonó, en espera de las disposiciones del General en Jefe.

En este lugar los Jefes de los cuerpos formaron una conspiración para quitar el mando al General Barreiro.

Una noche se dirigieron al alojamiento del que suscribe, manifestándole que las tropas estaban sobre las armas, é invitándolo para que se pusiera á la cabeza de ellas y desconocer á Barreiro.

El suscrito contestó que en las circunstancias porque el país atravesaba, le parecía que todo movimiento que tuviese por objeto trastornar el orden y dar un ejemplo de insubordinación, debería de ser funesto, tanto más, cuanto que lo que se le proponía era lo mismo que desconocer al General Comonfort. A esto replicaron que si era necesario, se desconocería también al General en Jefe.

El suscrito se esforzó en disuadir á aquellos señores de semejante proyecto, haciéndoles ver los males que se originarían á la causa nacional si se diera un escán-

dalo semejante, cuando el enemigo extranjero ocupaba una parte del territorio de la República. Manifestóles también, que si insistían en tan descabellada idea, de ninguna manera deberían contar con el infrascrito.

Insistieron, queriendo seducirlo con el halago de las ventajas personales que de llevar á cabo el movimiento le resultarían, y del ningún provecho que obtendría en caso contrario.

Sin embargo, parecieron convencidos por las nuevas razones aducidas en contra de sus deseos; y se retiraron, haciendo protestas de no pensar más en el asunto.

Pocos días después, las tropas se movieron en dirección de Ciudad Victoria, á donde llegaron no sin haber luchado con las escaseces de todo género, consiguiendo al país casi desierto que tuvieron que recorrer.

El señor Comonfort tuvo el poco tacto de nombrar Mayor General á D. Alejo Barreiro, persona que carecía del don de mando, en circunstancias en que era más necesario, atendidos los elementos de que eran formadas aquellas tropas. Carecía igualmente de don de gobierno, como lo indican algunos de sus actos que se narran en seguida, y de buenas maneras para atraerse las simpatías, al mismo tiempo que el respeto de sus subordinados.

Cayendo en el error de muchos de los que mandan, creía que le era lícito invadir las atribuciones de los demás, cosa la más á propósito para introducir el desorden y el desbarajuste en el servicio.

Sucedía que habiendo el infrascrito dado sus órdenes en la maestranza, con respecto al trabajo que se había de ejecutar, cuando volvía á examinar lo que se había adelantado, encontraba suspenso lo mandado, y los herreros, vervirgacia, forjando herraduras. Contrariado el que suscribe, reconvenía con acritud semejante desobediencia, á lo que se le contestaba que el señor Mayor General había ordenado que se suspendiese todo trabajo, y que sólo se dedicasen á forjar herraduras.

Cuando el tiempo que se le concedía al suscrito para la reparación del material de guerra y el arreglo del par-

que general, era de lo más angustiado, tenía que luchar con las órdenes arbitrarias é inconsideradas del General Barreiro; y cuando se estaba reparando una cureña, ó ejecutándose otra obra importante, la mandaba suspender el General Barreiro para que hicieran herraduras, moharras de lanza, ú otra obra cualquiera, que se podía hacer en talleres de particulares; y esto, cuando el personal de la maestranza era limitado y los materiales escasos.

El mal no tenía remedio, porque el General Barreiro mandaba en Jefe en ausencia del señor Comonfort, y no había á quien quejarse. Pero de esto resultó que el infrascrito, excitado al extremo por semejante conducta, no esperase más que una ocasión oportuna para estallar.

Esta no dejó de presentarse. Una mañana muy temprano se presentó Barreiro en el alojamiento del que suscribe, manifestándole que nos hallábamos en una situación fatal, porque no había cápsulas en el parque general. Se le contestó que en el parque general había más de un millón de cápsulas, á lo que dijo que eso no podía ser, porque el General Chavero le había dicho al General Comonfort que no había ni una sola; por lo cual, el General en Jefe había mandado violentamente de Tampico á México diez mozos bien montados, para que trajeran todas las cápsulas que pudieran. El suscrito le hizo presente al señor Barreiro que le parecía extraño que el señor Comonfort hubiera ocurrido al señor Chavero que no tenía motivo para saber lo que había en el parque, en vez de hacerlo al que era el Comandante de artillería, y que en todo caso, podía haber consultado el inventario que le había entregado, donde consta la existencia de más de un millón de cápsulas, y se hubiera evitado el gasto de los mozos enviados á México.

Dijo Barreiro que, en efecto, constaban en el inventario el millón y pico de cápsulas; pero que eran inútiles; á lo que se le hizo notar que, en efecto, había una partida de cerca de un millón de cápsulas inútiles, pero que había otra también de más de un millón en perfecto estado.

Preguntó entonces, que si podía asegurarle lo dicho al señor General en Jefe, á lo que se le contestó que sí.

Al día siguiente volvió á presentarse, diciendo que el General no podía persuadirse de que en el parque general hubiese tan gran cantidad de cápsulas, á lo que se le replicó por el que suscribe, que él sabía muy bien lo que tenía á su cargo, y que si el señor General en Jefe quería convencerse, no tenía más que dar sus órdenes para que se distribuyeran á los cuerpos las cantidades que á bien tuviese.

Al tercer día volvió á repetirse la misma escena, y molesto ya el que suscribe, ordenó á un Ayudante que fuese al parque general á pedir una noticia del número de cápsulas útiles que había existentes, con especificación de las que pertenecieran á cada marca, y trayendo muestras de cada una de ellas. Volvió á poco el Ayudante con tres cajitas de cápsulas, anotadas con el número que había de cada una de ellas, y cuya suma pasaba de un millón. Poniéndolas en manos del señor Barreiro, con una yoga de la pertenencia del suscrito, pudo probar de cada cajita todas las que creyó conveniente, y encontrándolas en perfecto estado, se dispuso lleno de alegría á llevarlas al señor General en Jefe.

Pero el suscrito, que quiso aprovechar la ocasión de quitarse de una vez de la fiscalización de aquel hombre, que entorpecía sus operaciones, le manifestó que si hasta entonces había permitido que se inmiscuera en los asuntos de artillería, había sido por no poner obstáculos; pero que en lo sucesivo no recibiría más órdenes que las que emanaran del General en Jefe, como está prevenido por la Ordenanza, y que esto mismo iba á decir de oficio en el momento al señor General Comonfort.

En efecto, el suscrito puso en el acto y envió á su destino, la siguiente comunicación:

“División del Norte.—Comandante General de artillería.—C General en Jefe.

“La Ordenanza General del ejército, la particular de artillería, y los autores militares previenen que los Comandantes Generales de artillería tanto de plazas como

de ejércitos activos, se entiendan única y exclusivamente, ya con los Gobernadores de las plazas, ya con los Generales en Jefe, únicos de quien deben recibir órdenes y por los que deben ser consultados en todo lo relativo á su arma, así como en los proyectos ó planes de batalla. El C. Mayor General Alejo Barreiro me ha dado diversas órdenes desde que el C. General en Jefe se halla en este Cuartel General, las cuales he obsequiado en atención á que no sufra el servicio. Unas son de responsabilidad, como la que trata de la refundición de la fuerza, y otras relativas al manejo de los parques y material de guerra, asuntos que el C. General en Jefe debería tratar con el infrascrito y atender á sus observaciones, puesto que á él tocará la responsabilidad en un evento desgraciado.

“Por lo expuesto, supongo que no siendo necesario en la División un Comandante General de artillería, puesto que sin atenderlo ni escucharlo se dispone de todo lo relativo al arma por personas extrañas á ella; agradecería mucho al C. General en Jefe se sirviera exonerarme de mi comisión, para evitarme trabajos inútiles, mortificaciones y responsabilidad.

“Libertad y Reforma. Ciudad Victoria, Julio 22 de 1862.”

Esta comunicación produjo muy mal efecto en el señor General Comonfort, por lo que en el acto mandó llamar al que subscribe.

El General se hallaba con otras personas. Tenía el semblante descompuesto, y un papel arrugado dentro de la mano cerrada. Me hizo que lo siguiera á una pieza distante, y después de sentarse al lado de una mesa y de invitarme, en vano, á que yo lo hiciera, arrojó el papel sobre la mesa diciéndome: ¿qué quiere decir esto? Yo, que comprendí desde luego que era el oficio que le acababa de remitir, me puse á extenderlo con mucha calma, y después de haberme cerciorado, le contesté con la misma parsimonia: creo que este oficio está bien claro; y si usted se ha servido leerlo, deberá haberlo entendido perfectamente.—Por lo mismo pregunto, ¿qué fin oculto

encierra este escrito? me respondió con dureza.— Este escrito, le respondí con moderación, no tiene más fines que lo que indica, ni más objeto que el bien del servicio.

—¿Y cómo quiere usted, añadió, que yo que tengo que entenderme con todo lo concerniente al ejército, desde procurar el prést del soldado, hasta proporcionar el forraje y hasta los huaraches, me pueda dedicar á la artillería?

Señor, le dije, la artillería es por lo menos tan importante como los pequeños escuadrones, cuyos Jefes recibe usted en audiencia todos los días; y por lo mismo, creo justo que sea tan atendida como ellos. Yo le ofrezco á usted no quitarle el tiempo, y arreglar en pocas palabras lo que sea necesario.

Muy bien, señor Balbontín, me dijo levantándose, desde hoy no se entenderá usted más que conmigo.

Me despedí del General con el convencimiento de que nunca me perdonaría el paso que había dado, pero me encontraba en una posición bien crítica: ó para cumplir con mi obligación y hacer útiles mis servicios, me atraía la mala voluntad del General, ó por agradarle, dejaba que se introdujera el desorden en un ramo tan importante como el que tenía á mi cargo.

Pocos días después de la llegada á Victoria, del General en Jefe, se incorporó á la División el General Quiroga con sus rifleros, y en el acto se ordenó la marcha para Tula.

El parque general se había formado con las municiones recogidas en diversos puntos, sin previo reconocimiento de su estado y sin dar lugar á su revisión. El que subscribe fué comisionado, como era natural, para pasar la artillería y los carros de municiones por la áspera sierra de Victoria, que como es sabido, en aquella época carecía de camino aun de herradura.

Se pusieron á mi disposición el batallón de Nuevo León y Coahuila, la división de artillería de Tamaulipas, el piquete de obreros de Tampico, y veinte yuntas de bueyes.

Con estos elementos se pudieron vencer, no sin gran

trabajo, las dificultades que aquella fragosa sierra presentaba; y cuando el material llegó al rancho de la Mula, superando los mayores obstáculos, el General en Jefe se puso en marcha con las tropas que habían quedado en Victoria.

Entre la gente de Tamaulipas, el señor Comonfort no tenía ninguna simpatía; y muchas veces me dijeron los Oficiales de artillería que solamente en mi obsequio trabajaban para pasar el material por la sierra. Yo los persuadía de que no se trataba del señor Comonfort, sino de la Nación, en cuyo obsequio trabajábamos todos.

Al llegar á Tula dirigí al señor General en Jefe la siguiente comunicación:

“Ciudadano General: Conforme con las instrucciones verbales que se sirvió usted darme, emprendí la marcha de esa ciudad con el tren de guerra de la División y el batallón de Nuevo León y Coahuila, que se sirvió usted poner á mis órdenes con el objeto de atravesar la sierra.

Dejé con el mando de la División de artillería de Tamaulipas y batería de Nuevo León, al Teniente Coronel de infantería, Capitán primero de artillería C. José G. Ceballos, teniendo á sus órdenes al Capitán C. Adolfo Garza, y Oficiales Morin, Losa, Flores y Fletes, con objeto de que dedicaran todo su cuidado á la vigilancia de la tropa, y quedar yo expedito para los trabajos. Del ganado de tiro y trenistas quedó encargado el Subteniente C. Agapito Villegas con los capataces; y yo, teniendo á mis órdenes á los CC. Tenientes Trejo, Fernández, y Villela, me dediqué al paso de las dos baterías y carros que hacen el total de veinte carruajes.

En los pasos más difíciles, el Teniente Coronel de Nuevo León, C. Severo Rodríguez, me prestó un auxilio eficaz con el trabajo de sus soldados.

En los once días que duró la marcha, incluyendo uno que se descansó en “Las Minas,” solamente dos noches durmió la tropa bajo de techo, y el ganado en cercado. Por esta razón, y á pesar de la vigilancia conveniente, no fué posible evitar que hubiera alguna deserción y extravió de mulas.

El número de desertores habidos consta en la relación que tengo el honor de acompañar.

Las mulas extraviadas fueron cinco, que no se encontraron á pesar de haberse buscado con empeño.

Durante el paso, el material tuvo necesariamente que sufrir, á causa de la aspereza de la sierra. En el camino se repusieron seis lanzas, un argollón de contera, un mástil, y otras cosas de menor importancia.

Las reparaciones que necesita el material constan en la adjunta relación, y en ellas se trabaja con actividad desde la llegada á este punto.

Sin embargo, los trenes podrán continuar su marcha á San Luis, donde se terminará la recomposición.

Los reclutas recibieron instrucción siempre que la reunión del material y la hora de llegada lo permitieron, y se encuentran adelantados.

Debo hacer mención de los Tenientes Trejo, Fernández y Villela, que trabajando personalmente, y alentando con su ejemplo á los trenistas y soldados, no omitieron fatiga para terminar el paso de la sierra, en el menor espacio de tiempo.

En el tránsito encontré maíz para el ganado de tiro, y yuntas de bueyes para el trabajo, así como algunos pequeños auxilios para la tropa, que el C. Coronel José de la Luz Toledano tuvo cuidado de situar con oportunidad.

Además, usted tuvo á bien remitir cuatro días de ración, de galleta, arroz, piloncillo, y otros artículos que salvaron á la tropa de sentir la horrible pena del hambre, en un trayecto desprovisto de todo recurso y escaso en extremo de agua.

Es cuanto tengo que informar á usted, C. General, sobre el resultado de la operación que tuvo á bien encomendarme.

Libertad y Reforma. Tula, Agosto 4 de 1862.—M. B.—C. General Ignacio Comonfort, en Jefe de la 1ª División del Norte.—Ciudad Victoria.”

El General en Jefe contestó lo que copio:

“Comandancia militar del Estado de Tamaulipas.—  
Sección de Guerra.

“Quedo enterado con satisfacción por el oficio de usted fecha 4 del corriente, del resultado de las operaciones que tuvieron lugar para trasportar de Ciudad Victoria á este punto, las piezas y demás trenes de la División de artillería que es á su mando, recomendando á usted dé las gracias á nombre de la Patria, á los Tenientes Trejo, Fernández y Villela por su comportamiento para terminar el paso de la sierra, en el menor tiempo posible.

“Recomiendo á usted así mismo que se proceda desde luego á la reparación de las faltas que tengan las baterías, para que puedan emprender *pasado mañana* su marcha para San Luis Potosí.

Encargo á usted igualmente que remita á este Cuartel General, á la mayor brevedad posible, una noticia circunstanciada de las pasturas, reses y demás auxilios que le hayan prestado los pueblos del tránsito, para poder ordenar su pago, y que á los cuerpos se haga el cargo que les corresponda.

Libertad y Reforma. Tula, Agosto 7 de 1862.—C. Comandante General de artillería de la División del Norte.— Presente”.

Como lo prevenía el anterior oficio, tres días después salía la División de Tula. La gran prisa que tenía el General de llegar cuanto antes á la Capital de la República, hacía que no se preocupara por dejar organizada la defensa de los Estados que quedaban á su retaguardia. En Tamaulipas no había nada arreglado. En Tancasnequi, en el Chocoy, en Alamitos, en Victoria, y en otras partes, estaba regado el material de guerra que se había sacado de Tampico, sin que nadie quedase encargado de vigilarlo, reunirlo en algún lugar conveniente, y conservarlo para hacer uso de él cuando llegara el caso.

El treinta y uno de Agosto hizo el General Comonfort su entrada á San Luis Potosí á la cabeza de su división. Desde luego me notificó que solamente me da-

*ba un mes* para arreglar todo lo concerniente á la artillería. Me esforcé para persuadirlo de que no era posible obsequiar sus deseos, porque el tiempo que me concedía no era suficiente en lo absoluto, para hacer todo lo que era necesario. Las cureñas y carros necesitaban varias reparaciones; se necesitaban construir doce tiros de atalajes ó guarniciones para dotar á una batería que debía llegar de Zacatecas, é instruir su personal y ganado; desempacar y abrir todos los cajones de municiones, para ver el estado que éstas guardaban, pues se habían recogido de varias partes sin verificar su contenido; desecharlo que resultara inútil y reponerlo; reemplazar los paquetes de lanilla picada por otros nuevos; reconocer las granadas de cañones rayados que hacía tiempo se hallaban cargadas, y cuyas espoletas se habían adherido á los orificios, y no podían jugar para dar fuego: quitarlas, engrasarlas, y ponerles fulminantes, cuya operación era en extremo delicada y peligrosa, porque habiéndose en muchas de ellas separado el fulminato, esto podía ocasionar por la precipitación, funestos accidentes, como en efecto se tuvieron que lamentar. Se tenían que construir municiones para infantería y caballería en la cantidad suficiente, para los diferentes calibres que tenían las tropas, y fabricar la pólvora necesaria. Por último, era preciso reponer los cajones que resultaran inútiles y construir los que se necesitasen para el empaque de todo lo construido ó reparado.

La enumeración que antecede, puesta á la vista del General, no fué bastante para convencerlo, y resolvió que el primero de Octubre saldría la división de San Luis Potosí en el estado que se hallase, pues interesaba mucho llegar á la Capital de la República. Es conveniente que yo relate algunos hechos del General, para dar á conocer su carácter, y para lamentarme de que á hombres semejantes se les fien los intereses más caros de la Nación.

Al llegar á San Luis dispuse, como es de Ordenanza, que los Capitanes de las baterías rindiesen las distribuciones del mes de Agosto. Comunicada la orden, el Ca-